

Notas desde el Desamparo

Marcos Lijtenstein

Descriptores: DESAMPARO.

I.- “Los que lo pueden todo”

Una analizada joven evoca la soledad que experimentaba cuando niña y se refiere a la que ahora sigue sintiendo, aunque encuentre apoyos en su pareja, en sus amigos. ¿Cuál es la diferencia, de entonces para *acá*? “*Pero ya no existen los que lo pueden todo*”. Es en medio de este contexto que nota —a pesar de todo— su actual despegue.

Aquí, lo esencial no es la diferencia de los sexos: también un hombre podría manifestarse así.

Estamos en el eje de la impotencia-omnipotencia, que hace que tantas veces, la sensible añoranza por la familia de origen, difumine las satisfacciones y el valor de los esfuerzos adultos en relación con la familia que se ha constituido: el hijo prevalece sobre el padre.

Son frecuentes las asociaciones con la locura y la muerte, sí del crecimiento transformador, se trata: desde la amenaza de desconocerse, a la de sucumbir.

Soledad, fantasías de despersonalización o de muerte, tocando el fondo del desamparo.

II.- Desamparo

En el capítulo III de “*El yo y el ello*” (1923), de acuerdo a lo especificado por James Strachey en la nota 16 (cf. Ed. Amorrortu, t. XIX, p. 36), Freud indicó expresamente para la traducción Inglesa de 1927, que el texto quedara así:

El superyó “es el resultado de dos factores de suma importancia, uno biológico y el otro histórico: el desvalimiento y la dependencia del ser humano durante su prolongada Infancia, y el hecho de su complejo de Edipo, cuya represión, tal como se ha mostrado, se vincula a la interrupción del desarrollo libidinal por el período de latencia y, por tanto, al arranque en dos tiempos de la vida sexual.”

El vocablo alemán “*Hilflosigkeit*” es traducido en la edición citada como “*Desvalimiento (biológico de la criatura humana)*” (cf. Glosario, en el tomo “*Sobre la versión castellana*”). En tanto que en el “*Vocabulaire de la Psychanalyse*” de J. Laplanche y J-B. Pontalis, aquel vocablo, en francés “*Etat de Détresse*”, en inglés “*Helplessness*”, figura en nuestra lengua como “*Desamparo*”.

El infante humano se muestra prematuro, desamparado, dependiente, quedando expuesto a ser desbordado por la angustia --a lo largo de la existencia-- a que lo someten las situaciones traumáticas, cuando el dominio psíquico no puede ser ejercido. Estamos en seguida en la conjunción de lo biológico, lo psíquico, lo social.

En la pequeña, destacable novela “*Juan de los Desamparados*” (Mdeo., 1961) de Julio C. da Rosa, cabe plantearse que el delirio de amparo que experimenta Juan Carmona, el protagonista, nos ayuda a comprender la subyacente angustia de desamparo, generando en él una “necesidad” inagotable, a relacionar con las carencias (no absolutas) de madre y padre y con sus reclamos ideales.

III- Para reconstruirnos, volviendo de exilios

“Dos razas, o tres: presos, exiliados, vivientes en el país. ¿Cómo nos vamos a comunicar?: tendremos que dejarnos mensajes en las esquinas, escribirnos libros, como se construyen puentes; ¿cómo nos vamos a juntar?, ¿cómo vamos a volver a ser un solo pueblo? Porque no podemos aceptárselo, esto de que nos hayan separado (...).”

“El mayor esfuerzo diario es salir del sueño, recomponer la cara, recoger los pedazos desparramados, ponerme la sonrisa y aprontarme a recibir a los compañeros.”
Ernesto González Bermejo: “*Las manos en el fuego*” (Mdeo., 1985, pp. 74 y 106).

Conjeturamos que surgirán por lo menos algunas sorprendentes coincidencias cuando se confronten testimonios del exilio vivido afuera, con los del experimentado hacia dentro de las fronteras geográficas, a lo largo de estos recientes años ominosos. Unos años crueles de los que no se sale de golpe, ni mucho menos de una vez y para siempre. Y *que* han de haber marcado inevitablemente a todos, practicantes y víctimas de la dictadura.

Quisiera empezar por detenerme en la apuntada comunidad de exilio; y será cuestión a investigar si el haber permanecido acá hizo un efecto atenuante, o si las vivencias de terror en ciertos período-pico, o la distorsión insidiosa de las condiciones y los proyectos de vida, fueron agravantes. En todo caso, no se trata de empezar a pelearnos por decidir quién lo ha pasado peor, pero la mera perspectiva de una pelea —al fin y al cabo entre hermanos— es pauta de cómo hemos sido artificialmente separados.

Es decir que hemos padecido un régimen, un régimen de vida cargado de muerte —Artigas confinado en un suntuoso mausoleo—, cuyos artífices se han esmerado, brutal o sutilmente, por separarnos, por partimos. Y esto, por partida doble: desconectándonos de aspectos propios que hemos pasado a mirar como si fueran ajenos; y enajenándonos en la comunidad, con efectos de aislamiento, de desconexión y sospecha. Unos y otros nos volvimos recíprocamente sospechas y —acaso más insólito—, nos volvimos sospechosos a nuestros propios ojos. Y este padecimiento, insisto, no se acabó: si en la vida experimentamos secuelas buenas, quedan también las otras, de índole traumática. Un lugar especial en esa enajenación recíproca correspondió en ese período a la relación entre padres e hijos: ¿Qué decirles, sin exponerlos? ¿Qué no decirles, exponiéndolos entonces a las mentiras del régimen? ¿A qué colegio mandarlos? (claro, los que podíamos elegir).

Las experiencias angustiantes incitan a los recursos defensivos. Si además esto se explota políticamente —miremos para adelante, olvidemos, es la hora de edificar— el olvido puede convertirse en una razón de Estado. Sostenido con argumentos falaciosos, porque tener presente la historia —así en los individuos como en la colectividad—, lejos de hipotecar la construcción del futuro, le asegura mejores cimientos. Freud ha escrito sobre los neuróticos, aludiendo a lo que en ellos (en nosotros) permanece inconsciente, como Santayana ha escrito respecto de los pueblos, que (unos y otros) están condenados a repetir la historia que no recuerdan. Entendiéndose por recordar, asumir, elaborar, no meramente inventariar a la manera de memorioso y “monumental” Funes (mi coterráneo, aquel “compadrito de Fray Bentos” de la invención borgiana, “con ciertas incurables limitaciones”, que por algo murió tan joven). Asumir, elaborar, transformar, es lo que se propone el psicoanálisis; así como en otros ámbitos, se trata de metas del quehacer político. Más allá o más acá de las apariencias, no son propuestas contradictorias, aunque siguen vías y planos diversos. ⁽¹⁾

Asumir pasa por la exigencia ineludible de entender y enfrentar el grave fenómeno del autoritarismo. Y en la vertiente psicológica, *no* podemos sustraernos de buscarlo también en nosotras mismos, en nuestras impremeditadas devociones por lo absoluto, en nuestro afán de poder —ahí nomás, tu-mando como sede la vida familiar—, en nuestros “razonables” cesarismos. Tesitura ésta que de ningún modo supone un borrar de la tarea social y ética de la justicia: se ha de bregar porque coloque a cada quien donde le corresponda. Por esa vía tenemos que plantearnos las articulaciones entre los terrores padecidos y la posibilidad de identificarnos con los que meten el tenor bajo nuestra piel: es una forma de ilusionarnos con que no estamos expuestos, desde el desamparo alcanzado.

Quisiera proponer que pensemos que somos una sociedad que está de duelo. ⁽²⁾ Almas tutoriales intentaron privarnos de libertades y derechos esenciales, pretendiendo asimilar la injusticia a una calamidad de la naturaleza y no a *una* obra destructora de los hombres (que corresponde, en sus respectivos planos, especificar, tanto al análisis político, como al psicológico).

Quien más, quien menos en lo individual, todos como nación hemos sufrido pérdidas profundas. Se trata de rehacerlos, de redescubrirlos, casi seguramente de reconocer que venimos pagando el duro precio de volvernos latinoamericanos.

En el duelo, o quedamos sumidos en el reclamo de lo perdido idealizado, o agobiados por la amenaza persecutoria del objeto perdido, o nos tornamos capaces —

¹ “*Ser analista hoy*” publicado en esta Revista (No. 63), es un trabajo en el que Marcelo Viñar analiza cuatro polos de referencia, ligados a la práctica, sus fundamentos teóricos, la pertenencia institucional, el contexto sociopolítico. Se trata de un valioso esfuerzo por echar luz en estos intrincados dominios. Por mi parte, en “*Psicoanálisis (des)concertantes*” (en “*Relaciones*” 8/9, Mdeo., 1985), he empezado, aclarando: “no se trata de psicologizar la política, ni de politizar la clínica psicológica.”

² De entre las importantes contribuciones de Edmundo Gómez Mango que debieran ser reunidas en libro, cabe señalar acá “*El migrante y sus Signos*” (Rev. de Psicoter. Psicoan., Mdeo., 1, 4, 1985, ed. por AUDEPP). Investiga el trabajo psíquico de la inmigración en sus vertientes de pérdida y de problemática de la identidad, introduciendo el concepto de objeto nostálgico, un objeto muerto-vivo: “No puede realmente vivir, pero no puede morir irreversiblemente.”

ciertamente que a partir de las marcas sufridas— de emerger con inventiva y creatividad: desde la dimensión personal más individualizada, a la participación integrada en los vastos quehaceres colectivos de los que por años — precedidos, no lo olvidemos, por otros muchos años “paternalistas”— se nos ha pretendido marginar.

IV.- Vivir, morir

El desamparo, generado por la tensión debida a la distancia entre las necesidades internas y los suministros que han de provenir de afuera, se mitiga —jamás podría desaparecer absolutamente— por la conjunción de la pulsión vital y las experiencias satisfactorias, o se exagera por obra de la pulsión de muerte y de las condiciones adversas, tanto más cuando se vuelven insuperables.

Antonio de Saint-Exupéry, a propósito de Fabien, uno de sus pilotos-poetas, escribe: “Habría podido luchar aún, probar suerte: no hay fatalidad externa. Pero sí hay una fatalidad interior: llega un momento en el que nos descubrimos vulnerables; entonces los errores nos atraen como un vértigo.” (*Vuelo nocturno*, 1931, cap. XV).⁽³⁾

Vulnerabilidad y fatalidad interior, remiten a desamparo y a pulsión de muerte.

Hemos elegido, con el psicoanálisis, una práctica que no sólo nos conduce a ayudar(nos) a vivir, sino también a ayudar(nos) a morir.

³ Es pertinente recordar que también la novela que evocamos hace de las muertes individuales un accidente en la cuestión de la eternidad de los hombres, esto centrado en el personaje de Riviere y la misión que se ha conferido. Un tema propio para una confrontación con el “*Más allá (...)*” freudiano.